

Domingo 7 enero 2007  
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Mt 2,1-12

Vieron al Niño y lo adoraron

Dentro del universo material los seres humanos forman una categoría aparte. Todos tienen en común la naturaleza racional y esto los diferencia de todos los demás seres del mundo material. Sólo el ser humano es libre para dirigir su pensamiento a uno u otro tema. Y aquí comienza la diferenciación entre ellos. Un famoso aforismo del dramaturgo latino Terencio (año 161 a.C.) expresa esta diferencia de manera concisa: "Quot capita, tot sententiae" ("Cuántas las cabezas, tantas las opiniones").

La celebración del misterio cristiano, tal como se realiza en la liturgia de la Iglesia Católica, logra unir los pensamientos y los corazones de una parte importante de la humanidad en un mismo tema. Así se cumple en parte el anhelo que expresa Jesús en la oración a su Padre: "Que todos sean uno como nosotros, Padre, somos uno" (Jn 17,22). Este domingo en todas las latitudes del mundo católico se contempla el misterio de la Epifanía, es decir, de la manifestación del Hijo de Dios encarnado y nacido en el mundo.

Hace pocos días todo el mundo cristiano se unía en la contemplación del nacimiento del Niño Dios. Todos nos admirábamos de la forma extremadamente pobre y humilde de su nacimiento. Pero ese hecho, que es el más importante de la historia humana, no podía permanecer ignorado. La creación reaccionó cuando su Creador se hizo parte de ella y lo manifestó por medio de una estrella que apareció en el cielo: "Nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempo del rey Herodes, unos magos que venían del Oriente se presentaron en Jerusalén, diciendo: '¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarlo'".

Ese signo que apareció en el cielo no podía ser plenamente interpretado sin la luz que proyecta la Palabra de Dios anunciada por los profetas. En efecto, los magos no habrían llegado al Niño, si el profeta Miqueas no hubiera proclamado: "Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres, no, la menor entre los principales clanes de Judá; porque de ti saldrá un caudillo que apacentará a mi pueblo Israel". Gracias a este oráculo y a la estrella que apareció en el cielo, los magos llegaron

ante el Niño: "Vieron al niño con María su madre". No sólo encuentran al recién nacido que buscan, sino que tienen claro conocimiento de su identidad: "Postrandose, lo adoraron". Y conocen también su misión: "Abrieron luego sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra". Son dones simbólicos: le regalan oro, como a un rey; incienso, como a Dios; mirra, como a quien ha de morir y ser sepultado (la mirra es el aceite con que se ungía para la sepultura).

La Epifanía de Cristo debe acontecer ahora cada día en nuestro corazón. El elemento visible que tiene el lugar de la estrella es el testimonio de los santos y de la vida de la Iglesia; ese testimonio, iluminado por la Palabra de Dios anunciada en la liturgia, nos concede poder ver a Dios y adorarlo.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez  
Obispo de Santa María de Los Ángeles